



## Capítulo 635: Emperatrices felices

Virgilio se aventuró en sí mismo —no como una metáfora poética, sino en una inmersión absoluta y consciente, permitiendo que su percepción se extendiera a las capas más íntimas de su alma. Era un camino que muy pocos se atrevían a recorrer. Ni siquiera los demonios antiguos, maestros de siglos de matanza, se enfrentaron voluntariamente al abismo de su propia esencia.

Pero Virgilio no se retiró. Conocía cada sombra que lo había formado, cada fisura luminosa que se resistía a existir, cada cicatriz que se había arraigado en su ser mucho antes de poseer un nombre.

Cuando su conciencia finalmente se estabilizó, el mundo mental emergió a su alrededor con la delicadeza de un suspiro contenido.

Y lo más inquietante: fue un suspiro sereno.

Extendiéndose bajo sus pies, un campo interminable de lirios araña rojos ondulaba como un océano viviente. Los pétalos, delgados y curvados, temblaban a un ritmo casi respiratorio, como si ese suelo tuviera pulso propio. El aire tenía un aroma dulce y metálico, un aroma imposible de definir: parte flor, parte sangre, parte memoria. El viento, si se le puede llamar así, ni aullaba ni aullaba; se movía con una reverencia silenciosa, como si reconociera a Virgilio como algo intrínseco a ese plano— y, sin embargo, algo que debía tratarse con distancia ritual.

En el horizonte, dos estructuras atravesaban el paisaje onírico con una grandeza colosal.

El primero, más cercano, fue un templo demoníaco cuya arquitectura era tan precisa como cruel. Sus columnas se parecían a las costillas de una colosal criatura fosilizada, y sus arcos parecían espadas a punto de cerrarse sobre





cualquiera que se atreviera a cruzar su umbral. Una luz fría y azulada se filtraba a través de las grietas como el aliento jadeante de un titán dormido.

Más lejos, casi tocando el firmamento escarlata, se alzaba un sakura de sangre de proporciones inconmensurables. Sus ramas se retorcían como arterias expuestas, expandiéndose en movimientos lentos y orgánicos, siguiendo un pulso profundo —un corazón entero suspendido en el centro del cielo.

Cada pétalo que caía dejaba un rastro carmesí en el aire, desapareciendo antes de tocar el suelo, como recuerdos quemados antes de poder manifestarse.

Virgilio entrecerró los ojos y estudió este panorama imposible. Su mundo mental solía ser un laberinto fracturado y ruidoso, desgarrado por conflictos internos que nunca cesaban. Allí el orden nunca duró—todo era movimiento, caos, combate.



Pero ahora... todo descansó. Calmo. Espantosamente tranquilo.

Lo cual, por supuesto, significaba que algo fuera de lo común estaba sucediendo.

Notó la primera anomalía cuando giró la cabeza.

Itarine estaba allí, sentada como si fuera la cosa más natural del mundo, bebiendo delicadamente té en una mesa de mármol negro. Su forma humana era precisa, elegante, envuelta en un vestido oscuro que parecía moverse como el humo. Sus ojos —serenos pozos de inevitabilidad— se levantaron suavemente al notar a Virgilio. La muerte, el Caballero, la encarnación definitiva del Fin... dentro de su alma como en casa.



Y con ella, conversando en absoluta tranquilidad...

Qliphoth.

El árbol del mundo infernal.

El que había crecido de su propia sangre.

El que ya casi había consumido un mundo entero.

Ahora, en forma femenina humanoide, elegante, translúcida, cada fibra de su piel se asemeja a ríos de savia escarlata que fluyen dentro del vidrio.

Los dos estaban tomando té.

En su mundo mental.

Con porcelana fina.

Vergil apartó la mirada por un momento —no porque se sintiera incómodo, sino porque... esto era simplemente extraño incluso para sus estándares.

Itarina levantó su copa.

Qliphoth asintió cortésmente.

"Maestro," Itarine saludó con una voz tranquila que parecía atravesar siglos.

"Hola, jovencito", dijo Qliphoth, casi dulcemente.



Abrió la boca para responder, pero no tuvo tiempo.

Arriba, el cielo se abrió.

Dos figuras humanoides en combate cayeron por el aire, batiéndose en duelo con tanta violencia y gracia perfectas que el aire gritó a su alrededor. Uno era plata pura, luz blanca refractada en escamas y cabello largo que fluía como metal líquido.

El otro era un huracán escarlata, con alas de dragón carmesí que cortaban el tejido de la realidad con cada golpe.

Nivara.

Emperatriz Dragón Platino.

Crymsaria.

Emperatriz Dragón Escarlata.

Los dos volvieron a luchar —como siempre lo hacían— poniendo a prueba los límites, destruyendo pequeñas porciones del cielo que luego se regeneraron como si nada hubiera pasado. Fue un espectáculo antiguo, familiar y casi rutinario.

Pero sintieron a Virgilio.

Y todo el mundo mental pareció contener la respiración en un jadeo colectivo.





Nivara se detuvo primero, flotando en el aire con un brillo cegador. Crymsaria tardó otro segundo, probablemente porque estaba a punto de golpear a su hermana en la cara— pero, al notar a Vergil, se esquivó y aterrizó en el suelo en una columna de llamas.

Las dos emperatrices corrieron hacia él al mismo tiempo, como dos tormentas decididas a golpear el mismo punto.

"¡VERGIL!"

"¡FINALMENTE!"

Se detuvieron justo frente a él, ambos tan intensos que incluso el campo de lirios parecía inclinarse ligeramente.

Nivara colocó sus manos sobre sus caderas, empapada por el sol en indignación. "¡Deberías haber venido antes!"

Crymsaria cruzó los brazos y sus alas se doblaron hacia atrás. "¡Queríamos hablar contigo!"

Virgilio parpadeó.

Luego, lentamente, inclinó la cabeza.

"Y por qué" preguntó con absoluta calma, "¿no me llamaste simplemente?"

El silencio que siguió fue tan absoluto que incluso el viento se detuvo.





Las dos Emperatrices —entidades cuya existencia se extendió a lo largo de los siglos y que habían presenciado la muerte de las galaxias— se miraron una a la otra.

Primero confundido.

Entonces... increíblemente avergonzado.

"...Es verdad," dijo Nivara, rascándose la mejilla.

"...Realmente lo es," gritó Crymsaria, mirando sus propios pies.

Ambos hablaron juntos:

"Es verdad..."

Virgilio respiró profundamente, midiendo cuidadosamente la paciencia que había reservado para los seres que podían destruir continentes sin alzar la voz.

Detrás de ellos, Itarine tomó otro sorbo de té, satisfecha.

Qliphoth sonrió como una madre orgullosa.

Los lirios se balanceaban como riendo.





Virgilio simplemente cruzó los brazos, esperando la explicación que sabía que vendría— y que, muy probablemente, sería tan caótica como siempre lo habían sido las dos emperatrices.

Nivara respiró profundamente, recuperando ese brillo casi divino que siempre la rodeaba, y sonrió con una sonrisa tan clara como el acero recién forjado.

"Pero lo importante es: ¡estás aquí ahora!"

Crymsaria cruzó los brazos, el fuego en sus ojos se intensificó—pero no fue ira. Fue firmeza. Tensa gratitud.

"Sólo queríamos agradecerte por matar a esa repugnante criatura."

Nivara asintió, su postura era impecable, pero su mandíbula delataba que todavía estaba claramente molesta.

"Independientemente de nuestra eterna rivalidad, estamos de acuerdo en esto. Esa cosa fue una ofensa... y estamos agradecidos de que la hayas eliminado."

Virgilio cambió su mirada entre las dos emperatrices, analizando cada matiz de lo que escuchaban.

Son raros los momentos en que Nivara y Crymsaria estuvieron de acuerdo.

Aún más raros fueron los momentos en que expresaron gratitud por algo.

Levantó la barbilla y su expresión fue neutral.





"¿Querías que esa abominación —el espíritu de Ryomen Sukuna manipulado por Yama— muriera tan gravemente?"

Las dos emperatrices intercambiaron una mirada cargada. Una de esas miradas silenciosas que decían mucho más de lo que las palabras podían decir.

Y luego hablaron juntos, con la cruda sinceridad que sólo se manifestó cuando la situación era verdaderamente grave:

"Tenía un fragmento de nosotros."

Virgilio entrecerró los ojos.

Crymsaria continuó, con su voz firme y aguda.

"Probablemente una balanza que cayó durante una de nuestras peleas."

Nivara completado con una suavidad sombría:

"Una sola escala de nuestros cuerpos reales es suficiente para causar... un desequilibrio inmenso."

Crymsaria frunció el ceño, casi gruñendo.

"Cualquier criatura inferior que toque un fragmento de nosotros ya está corrupta, enloquecida, mutada. Pero Sukuna..."







Nivara colocó una mano sobre el hombro de su hermana—un gesto que sólo ocurrió cuando el asunto era verdaderamente grave.

"Sukuna ya era un alma dividida, inestable, maldita. Mezclar eso con un fragmento de nosotros fue como encender una mecha en un barril de pólvora divina."

Crymsaria asintió lentamente, con los ojos ardiendo de amargo recuerdo.

"Ese espíritu ya no era Sukuna. Fue una distorsión. Una plaga bendecida y maldita al mismo tiempo. Un portador de demonios de nuestra esencia —pero sin ningún derecho a ello"

Nivara suspiró, cruzando las manos ante ella, casi en reverencia a su propio honor.

"Y tal criatura es una afrenta a nuestra Raza. A nuestra existencia. Y al equilibrio metafísico de este mundo."



Virgilio lo absorbió todo, sus pensamientos eran afilados como cuchillas.

Entendió lo que decían—no sólo el contenido, sino el subtexto.

La verdadera importancia.

Luego Crymsaria lo miró directamente.

Y cuando la Emperatriz Dragón Escarlata te mira sin pestañear, es porque no hay lugar para la ambigüedad.



"Cuando mataste a Sukuna... destruiste el fragmento junto con él."

Nivara sonrió, esta vez con luz genuina en sus ojos. [freewebnovel.com](http://freewebnovel.com)

"Por eso vinimos a agradecerte. Y por eso queríamos tanto hablar contigo. Lo que eliminaste podría haberse convertido... en algo peor."

Crymsaria inclinó la cabeza y una llama suave, casi respetuosa, recorrió sus alas.

"Hiciste más que matar a un adversario, Virgilio."

Nivara concluyó, con la serenidad de un rayo a punto de caer:

"Eliminaste una distorsión que podría haber despertado parte de nuestro verdadero poder dentro de un ser indigno."

Y ambos, juntos, dijeron con una rara sincronicidad—oscuro, respetuoso y por primera vez... igual:

"Por lo tanto, estamos en deuda contigo."

El campo de lirios se balanceaba.

Qliphoth sonrió con orgullo.

Itarina levantó su copa en un brindis silencioso.





"Entiendo," dijo Virgilio, sonriendo levemente y acariciando las cabezas de las dos emperatrices. "Siempre que necesites algo, simplemente pregunta", dijo sonriendo. "Yo no muerdo."

Las dos emperatrices dragón sintieron un hormigueo en todo su cuerpo y sus mejillas se calentaron, sonrojándose al ver esa suave sonrisa... Ambas bajaron la cabeza y escondieron los ojos con el flequillo de su largo cabello...

Se miraron de reojo... '...'

